

ECA

Revista de Orientación y Cultura, Dirigida por los PP. Jesuítas de C. A.

Año X	San Salvador, Centro América—Julio de 1955	Número 95
-------	--	--------------

ORIENTACION

Ciencias naturales y filosofía

FILOSOFIA

Nos place el asistir en Iberoamérica a un resurgimiento de la Filosofía. Pase que sea de nombre en más de un caso, pero el nombre puede traer la cosa y siempre es consolador pensar que haya entre nosotros quienes traten de "el alto pensar", quienes se den "al amor de la sabiduría" que eso significa etimológicamente Filosofía. Con esto se da a entender que el hombre nunca posee de manera perfecta la comprensión definitiva de todo, que eso es la sabiduría, sino que lucha siempre anhelante por ella.

Según su definición real, atendiendo a lo que pretende la Filosofía, es aquel saber de la razón humana que penetrando hasta las últimas razones, investiga la realidad total, especialmente el ser y el deber propios del hombre.

En todo hombre lo debidamente desarrollado hay un filósofo en potencia o en ejercicio, porque la inteligencia humana está espontáneamente orientada a inquirir acerca de sí mismo y del universo en que se encuentra, tratando de dar contestación a aquellas tres grandes preguntas: De dónde venimos, a dónde vamos y cómo hemos de caminar.

Pero este ejercicio filosófico que pudiéramos llamar instintivo sucede que, muchas veces, o no se inicia, o no se continúa con la debida asiduidad y método o está fuertemente impregnado de las circunstancias ambientales o individuales que oscurecen y aun apartan la clara visión de la realidad en nosotros.

Esto ha hecho que el hombre se sienta impulsado en todos los siglos hacia un saber seguro, sistemático, detallado y dotado de claridad lógica acerca de lo real. Es lo que llamamos Filosofía científica o sin más aditamentos La Filosofía.

Nuestra razón encuentra delante de sí el orden del ente o del ser y el orden del obrar que la misma razón realiza. Según este doble panorama que se abre a nuestra razón, la Filosofía estudia dentro del primer campo a la razón en cuanto descubridora del ser: Gnoseología. En el ente mismo penetra la Metafísica. Como Metafísica general desenvuelve las cuestiones relativas a todo ente en cuanto tal, ya se refieran a su estructura interna (ciencia del ser u Ontología) ya a su origen primero (ciencia de Dios o Teodicea). Como Metafísica especial aplica los conocimientos obtenidos a los círculos fundamentales de lo creado, dilucidando la naturaleza (fisiología natural o Cosmología) y el espíritu, que se nos presenta sólo como alma humana (filosofía del alma o Psicología). De ambos conocimientos resulta la ciencia filosófica del hombre (Antropología).

El segundo campo se estructura atendiendo a las clases de hacer y obrar. La Lógica estudia la rectitud del pensar; la Ética y la Filosofía de la Religión, indagada la bondad de la acción interior perfeccionadora del hombre total; la Filosofía de la Cultura considera en sus diversas ramas la obra externa de los hombres en sus diversas actuaciones parciales.

El objeto de la Filosofía puede perfilarse con mayor nitidez contraponiéndolo a las demás ciencias.

LAS CIENCIAS NATURALES

El objeto de las ciencias naturales lo constituyen los seres que tienen una naturaleza mudable en el espacio y en el tiempo. Las ciencias procuran registrar esos cambios mediante la observación y el experimento y tratan de deducir mediante la inducción las leyes que las regulan y aun las causas que los producen, dentro del ámbito de cada una.

Su Santidad Pío XII hablando el pasado 25 de Abril a la asamblea plenaria de la Academia Pontificia de las Ciencias exaltaba los portentosos hallazgos que en nuestros tiempos y más particularmente en los últimos lustros, han tenido todas las ciencias. Las ciencias han avanzado en extensión y en profundidad en un amplio panorama que el mismo Santo Padre, a la manera de un audaz trepador que ha llegado a la cima de la montaña, desearía poder abarcar con una sola mirada y cuyos puntos más avanzados en los diversos sectores indicó de hecho con el fin de que apareciera ante los ojos de sus oyentes el conjunto de la situación actual.

Consciente el Santo Padre de la importancia excepcional del período que la ciencia está atravesando en el momento actual, nos presenta a los hombres en tres actitudes distintas ante los problemas científicos de la hora presente.

Unos, y es el mayor número, se contentan con sólo admirar los resultados extraordinarios obtenidos en el campo de la técnica y creen, por lo menos así lo parece, que estos resultados constituyen el fin exclusivo o por lo menos el principal perseguido por las ciencias.

Otros, más cultos, aprecian el método y los esfuerzos de la investigación científica y asisten con pasión a la formulación, comprobación y modificación de las teorías.

Relativamente pocos son los que perciben los problemas más esenciales del saber científico y que abarcan todo su campo.

CIENCIAS NATURALES Y FILOSOFIA

Porque los mismos adelantos de las ciencias han dado ocasión a dos interesantísimos problemas que se presentan con caracteres de exigencias:

¿Podrán las ciencias naturales penetrar en la estructura íntima de los seres materiales, en los fundamentos sustanciales del ser y de su acción?

¿Podrán las ciencias naturales, únicamente con sus métodos peculiares, darnos una explicación sintética del universo?

La respuesta a estas dos preguntas es negativa, si el científico de las ciencias naturales no actúa, porque no puede o porque no quiere actuar como filósofo.

La ciencia, como dice Su Santidad, parte de las sensaciones, externas por su naturaleza, y en ellas se resume. Ofrece datos sobre que tiene que trabajar el entendimiento en virtud de sus propias leyes para llegar hasta el propio ser que escapa totalmente a los sentidos. Ya no es el puro científico natural el que trabaja, es el filósofo.

Una explicación sintética del universo brota como una exigencia de la misma naturaleza humana que tiende a una visión coherente y unificada de lo que es y significa el mundo y nuestra permanencia en él. Lo más que los datos de las ciencias naturales nos pueden ofrecer en este sentido será una "imagen del universo" experimentable a los sentidos, pero sin llegar a las cuestiones últimas del ser y sentido del mundo visto como un todo. Tendremos, como dice el Papa, una especie de mosaico, una composición anatómica del saber de la cual parece haber huido la vida. Pero el hombre exige que un soplo de unidad viva anime sus conocimientos; exigencia que sólo puede satisfacerse por una superación esencial de los límites de las ciencias particulares que excluyen una toma valorativa de posición frente a la totalidad del universo y por lo mismo una respuesta a los interrogantes supremos acerca del origen, sentido y finalidad del mundo y del hombre dentro de él. Esto solamente puede ofrecerlo una ciencia unificadora por su universalidad, clara en su profundidad, sólida por su carácter absoluto, eficaz por su necesidad. Una vez más esta fuerza viene representada por la Filosofía.

¿PERO QUE FILOSOFIA?

¡Hay tantas filosofías! ¿A qué se reduce la clase de Filosofía en muchas Universidades sino al desfile de centenares de nombres desde los presocráticos o si queremos todavía antes desde el Rigveda de la India hasta los actuales existencialistas? Muchos se presentan como fundadores de sistemas filosóficos o filosofías, sobre todo en los tiempos más cercanos a nosotros y en los actuales. Lock con su empirismo; Kant con su criticismo; Hegel con su idealismo; Driesch con su vitalismo; Dilthey con su historicismo; Husserl con su fenomenología; James y Dewey con su pragmatismo; Bergson con su devenir; Kierkegaard, Jaspers y Heidegger con su existencialismo. Los discípulos quedan atarantados con tanto nombre y sistema y acaban por hacerse a la idea de que la Filosofía es un galimatías ininteligible o un closet del que cada uno puede sacar, a manera de vestido intelectual y moral, la forma de pensar y actuar que más le acomode. ¿Se podrá hablar por lo tanto de La Filosofía y no será más verdadero hablar de filosofías, es decir de sistemas, de modos de pensar que nunca dan con la verdad porque no existe o siempre dan con ella porque es cambiante o fabricable a nuestro gusto?

No se puede negar que este ha sido el triste resultado al que han llegado no pocos filósofos y profesores de Filosofía. Sin embargo esto no quiere decir que no exista una Filosofía verdadera, un conocimiento de la razón que llega al ser de las cosas y a sus últimas causas en las cuestiones fundamentales acerca de la concepción del mundo y del hombre que le toca resolver. Esta Filosofía no ha sido la obra exclusiva de un individuo porque el individuo sucumbe con demasiada facilidad a las contingencias de su yo y de su tiempo, deformando con ellas la realidad. Únicamente el diálogo respetuoso y a la vez crítico con la tradición filosófica de la humanidad conduce a la verdad. Pues los interrogantes eternos encuentran eternas respuestas que perduran a través de todas las épocas y opiniones formando una Filosofía perenne, fruto no de una fe ciega en la autoridad de las grandes figuras, ni de una aceptación rígida de sus fórmulas sino de la convergencia de las mismas respuestas a los mismos problemas en los distintos climas de las diversas épocas, a través la mayoría de las veces del estudio crítico de los diversos sistemas que en ellos se presentan. No valen filosofías que no expliquen los hechos y dejan sin respuesta las exigencias más íntimas de la naturaleza humana; menos las que están en contradicción con esos hechos y esas exigencias y no concuerdan con el sentido común, por más que se las considere de una exactitud matemática en la esfera de un idealismo divorciado de la realidad, ni las que dan respuestas preñadas de consecuencias fatales para el orden de la vida individual y social.

Cada sistema viene a tener su utilidad, aunque no sea sino la negativa de contrastar la verdad, ni muchos de esos sistemas dejan de tener su parte de verdad que viene a engrosar el caudal de la filosofía perenne, abierta siempre al ser y representada en el mundo por la corriente aristotélico-tomista, con otro nombre, la escolástica o la neoescolástica actuante sobre los problemas actuales.

Así lo reconocen quienes lo han estudiado de manera metódica y así lo proclaman mentalidades modernas de tanto relieve como un Gilson, un Maritain, un Clarence Finlayson entre nosotros.

Para los católicos esta Filosofía tiene además otra garantía de verdad. La de que sirve de base a las verdades de la fe que, de no ser verdaderos los fundamentos de la filosofía perenne, quedarían privados de significado en gran parte.

CIENCIAS NATURALES Y FILOSOFÍAS

Si en cada época no se vuelven a plantear los mismos problemas fundamentales, quiere decir que la actividad filosófica está muerta; si se aceptan las soluciones de pasadas edades sin repasarlas y hacerlas propias, corren peligro de que, aunque verdaderas, no ejerzan influjo ninguno en las generaciones futuras por considerárselas anticuadas y serlo en su presentación, por lo desligadas con los problemas de la actualidad. Esto es lo que ha venido sucediendo desde hace algún tiempo con respecto a las ciencias naturales y la Filosofía.

Es cierto, dice el Papa, que la causa de este divorcio no se ha de buscar en la naturaleza misma de las dos vías que conducen a la verdad, pues uno mismo es el autor del entendimiento y del objeto de las ciencias particulares, sino que esta causa hay que buscarla en las contingencias históricas y en las personas que no tuvieron siempre la buena voluntad y competencia que hubieron sido necesarias.

Los hombres de ciencia han creído en un momento determinado que la filosofía natural era un peso inútil y han rehusado dejarse orientar por ella. Por otra parte los filósofos no han seguido ya los progresos de la ciencia y se han detenido en unas posiciones formales que hubieran podido abandonar sin comprometer las grandes verdades fundamentales. Y cuando se ha impuesto la necesidad inevitable de un trabajo serio de interpretación, como también de elaboración de una síntesis unificadora, los científicos se han encontrado a veces, sin darse ellos mismos cuenta, bajo la influencia de las filosofías que las circunstancias del momento ponían a su disposición.

Así por ejemplo, el pensamiento mecanicista por el que el mundo no sería más que una inmensa máquina compuesta por una serie innumerable de otras máquinas unidas entre sí, ha guiado durante largo tiempo la interpretación científica de los fenómenos observados. Todo, aun el pensamiento y el alma se reducía a un conjunto de fuerzas físicas, químicas y mecánicas en el cual el cambio y la acción eran únicamente el resultado de una distinta disposición de las partículas en el espacio y de las fuerzas o desplazamientos a los cuales cada una de éstas se encontraba sometida. El mundo quedaba reducido a la pura materia; la libertad, era un mito.

Ahora las cosas han cambiado. En el mismo mundo de la materia ha sufrido un gran quebranto la cerrada interpretación mecanicista; la vida, el sentido y el espíritu se muestran combinados sí, pero irreductibles al modo mecánico de obrar de la materia. Y la euforia de la pretensión mecanicista de que teóricamente se podía prever con certidumbre un efecto futuro de cualquier orden, a condición de conocer al principio todos los datos geométricos y mecánicos, se ha convertido, dice el Papa, en una impresión de desconcierto y de angustia, en un escepticismo, aun ante el reducido campo del ser y del obrar de la materia, en el que hay que contentarse con sencillas constataciones de hechos y de representaciones de puro valor utilitario y renunciar a la interpretación conceptual y a la realización de síntesis geniales universales.

LA UNION DE LAS CIENCIAS NATURALES Y LA FILOSOFIA

Es curioso observar cómo exageraciones de una verdad o de una práctica llevan a la negación de esa misma verdad o de esa práctica. Se exageró la posición de la autoridad civil y nació el anarquismo; se exageró la libertad y hemos venido a dar a la negación de la libertad; se exageró el amor y sus exigencias y acabamos por destruir el matrimonio. Algo parecido ha sucedido también con la razón. Se la exaltó sobre el mismo Dios, se la hizo Dios y ahora no se confía en ella para la deducción de las verdades más fundamentales que están llamadas a ser las orientadoras de toda nuestra vida. Se la rebaja a la calidad de pura expectadora de fenómenos y de apuntadora de datos sin que pueda ofrecer sino un quién sabe atormentador a su dueño ansioso de una verdad, bondad y belleza absoluta donde descansar. ¿No es esto algo contradictorio y destructor del ser, el más excelso de todos, el hombre, en la esfera y en virtud precisamente de la facultad que lo constituye a la altura de todos los demás?

Como en los casos arriba aludidos, también, en éste la palabra justa la oímos de quien ha recibido la misión de salvaguardar la dignidad humana. No creemos, dice el Papa, que semejante pesimismo sea justificado. Nos estimamos más bien que las ciencias naturales en contacto permanente con una filosofía de rea-

lismo crítico que fue siempre el de la filosofía perenne en sus representantes más eminentes, puede llegar a una visión de conjunto del mundo sensible que satisfaga en algún modo la investigación y el deseo ardiente de la verdad.

El Papa aboga por la unión de las ciencias naturales con La Filosofía. Los científicos naturales deben de ser también filósofos si han de ser hombres completos y si han de cumplir con la misión de ser fieles intérpretes de la naturaleza que, como obra de Dios, está llamada a conducirnos a El.

Mas por otra parte los filósofos no deben nunca de pretender determinar las verdades que se basan únicamente en la experiencia y en el método científico.

En nombre de las ciencias naturales se ha conducido a muchísimos hombres por el camino del error, no precisamente por haberse mantenido en el ámbito propio de cada ciencia natural, sino por haberse salido de él filosofando torcidamente: "Desgraciados, dice el Papa aquellos que se sirven de la ciencia expuesta falsamente para hacer salir a los hombres del sendero recto. Estos se asemejan a las piedras arrojadas con mala intención en el camino del género humano. Son el obstáculo en el que tropiezan los espíritus que van en busca de la verdad".

El científico naturalista que se circunscribe a sus observaciones y a las aplicaciones naturales de ellas derivadas, sin elevar nunca más alto su mirada, aunque sólo sea para su uso particular, está deteniendo el vuelo natural de la inteligencia llamada a conocer las perfecciones invisibles de Dios por las visibles de sus criaturas, a través de las cuales se nos meten como por los ojos con cierta imposición que hace decir a San Pablo de tales sabios que "tienen aprisionada injustamente la verdad de Dios", por lo que son injustos e impíos, sin disculpa ante Dios y expuestos a ser abandonados de él en formas del todo contrarias a la razón, cosa que se vió en los tiempos antiguos y se está viendo en los nuestros. (Rom. 1, 18 ss.)

En cambio los científicos que filosofan rectamente esos, al contacto de la contemplación de la obra de Dios, en frase del Papa son "los intérpretes autorizados de la naturaleza", dan a conocer su belleza, su potencia y su perfección y se convierten en apóstoles de la ciencia enseñando a los demás a mirar, a entender, a amar el mundo creado de modo que la admiración de tan sublimes esplendores haga doblar la rodilla e invite a los espíritus a la adoración del Creador.

Este es el punto central al que debe conducir y de hecho conduce la gran síntesis entre las ciencias naturales y La Filosofía como tal.

